

blanch, Solivella, Ciutadilla, Verdú y Fonollera.—Enlaza con la número 14.

27. De Tarragona á Mora de Ebro.—Por Tarragona, Reus, Riudecols, Falset y Mora.

28. De Reus á Montblanch.—Por Reus, La Selva del Campo, Alcover, Estrecho de Lilla, y Montblanch.

29. De Reus á Salou.—Por Reus y Salou.—Atraviesa la número 20.

Las carreteras enumeradas facilitan las comunicaciones en las comarcas poco accidentadas, pues debe notarse que en la alta montaña no hay más carreteras que las de Manresa á Berga, Cardona y Vich, la de Vich á Ribas, la de Gerona á Olot y la de Lérida á Pons. El resto de las comunicaciones se reducen á malos caminos de herradura, que en los fondos de los valles son carreteros y pueden ser recorridos por vehículos poco cargados.

Hemos prescindido, como se puede suponer, de algunas carreteras sumamente cortas y de poquísima importancia militar, como la de Barcelona á Sarriá y las demas del llano de Barcelona, la de Mataró á Argentona, las del interior de la Cerdaña y otras varias.

Los caminos de herradura de la alta montaña más concurridos son los siguientes :

De Gerona á Anglés, Amer y las Guillerías; de Bañolas á Olot por Santa Pau; de Olot á Camprodon; de Olot á San Juan de las Abadesas;

de Olot á Ripoll; de Vich á Olot; de Ripoll á San Juan de las Abadesas y Camprodon; de Ribas á Puigcerdá; de Amer á Olot; de Llinás á San Celoni y Hostalrich, y desde aquí á enlazar con la carretera de Gerona; de Vich á las Guillerías; de Vich á Prats de Lluasanés y Berga; de Cardona á Berga; de Berga á Puigcerdá; de Tarrasa á Manresa; de Manresa á Calaf; de Igualada á Manresa; de Igualada á Calaf; de Martorell á Igualada por Piera y Masquefa; de Santa Coloma á Montblanch; de Montblanch á Prades; de Reus á Prades; de Camarasa á Tremp y Sort; de Pons á Seo de Urgel y Puigcerdá; de Seo de Urgel á Andorra; de Cardona á Solsona, y de Calaf á Pons por Sanahuja.

Las comarcas poco accidentadas son recorridas en todos sentidos por caminos carreteros vecinales. En las montuosas hay infinitas sendas, difíciles en su mayor parte, pero todas han sido recorridas por columnas que llevaban caballería y artillería de montaña.

Lo accidentado de todo el país hace que los desfiladeros y posiciones defensivas sean muy numerosos. Muchos de ellos se han hecho célebres por acciones de ésta y de otras guerras. Los más notables son: Castellfullit de la Roca en la carretera de Gerona á Olot; Coll de Capacosta entre Olot y Camprodon; los desfiladeros del Grau en el camino de Vich á Olot; los de San Quirse en Vich y Ripoll; el Congost en-

tre Granollers y Vich; Coll de Tossas entre Ribas y Puigcerdá; Puigreig entre Manresa y Berga; Casa Massana sobre el Bruch, Martorell, Moncada y Ordal; puertas del llano de Barcelona; los continuos desfiladeros del alto Segre, desde Balaguer á Seo de Urgel; el de Sanahuja; los de la Conca de Tremp y las entradas del campo de Tarragona, que son: Coll de Santa Cristina, Coll de Cabra, Coll y estrecho de Lilla, Coll de la Teixeta y Coll de Balaguer, que conducen respectivamente al Panadés, á la Conca de Barberá, al alto Francolí, al Priorato y el bajo Ebro.

La descripcion que acabamos de hacer de los accidentes naturales y artificiales de Cataluña, conviene completarla con algunas consideraciones sobre el carácter de los habitantes y de las guerras que pueden allí encenderse.

El carácter del catalan es adusto y poco comunicativo, tiene una antipatía marcada á todo lo que proviene de otras provincias, pero mucho más si viene en son de guerra. Interesado en extremo sin ser avaro, pues arriesga grandes cantidades con tal que tenga probabilidades de ganancia, emprendedor, activo y honrado, franco, independiente y díscolo; tal es el conjunto de buenas y malas propiedades del catalan. Saber aprovechar las primeras y neutralizar las segundas, debe ser el objeto de todo Gobierno, pero principalmente del general del ejército que

opere en Cataluña: que la experiencia demuestra es esto más fácil de lo que parece, pues son varios los Capitanes generales del distrito que se han hecho muy simpáticos al país.

Las pretensiones de independencia son comunes á toda Cataluña; las sublevaciones encuentran fácil acogida en el país, pero hay una diferencia muy grande entre las ideas políticas de los habitantes de la montaña y los de las comarcas bajas. Entre los primeros están muy arraigadas las ideas añejas, lo que está facilitado por el gran número de payeses (propietarios) ricos y por la influencia del clero, al paso que los segundos, los del Ampurdan, llano de Barcelona, Vallés, Panadés, campo de Tarragona, llanos de Urgel, se han dejado influir mucho por lo que han dado en llamar ideas nuevas, de tendencias políticas y sociales muy avanzadas, á causa de la numerosa poblacion obrera que existe en esas comarcas.

De aquí que las guerras civiles de Cataluña pueden presentar tres aspectos muy distintos: primero, guerras en que todo el país se subleva contra la autoridad central, ya proclamando su independencia, ya defendiendo sus antiguos privilegios, como las sostenidas contra Juan II y Felipe IV y la de sucesion; segundo, guerras en que los habitantes de la montaña tratan de apoyar á su dinastía ó principios simpáticos, como las ocurridas de 1820 á 1823, 1833 á 1840,

1846 á 1848, las intentonas de 1827, 1855 y 1860 y la última guerra de 1872 á 1875; tercero, cuando los habitantes de los llanos defienden sus principios políticos, como fueron las sublevaciones revolucionarias de 1835, 1836, 1837 y 1842, la llamada de la Jamancia en 1843, las revueltas de 1848, 1854, 1856, 1867, 1869, 1870 y otras varias que no recordamos.

En el primer caso, las operaciones del ejército nacional que tenga por misión volver á la obediencia á los catalanes, deben dirigirse cual si se tratara de la invasión de un territorio enemigo, adoptando la base del Ebro, como el marqués de los Velez en 1640, ó la del Segre que tomó Vendome en 1710, y avanzar al interior siguiendo la línea de operaciones, de Lérida-Barcelona ó de Tortosa-Barcelona ó ambas á la vez, cuando las fuerzas de que se disponga sean considerables. El segundo caso es el de la guerra de que vamos á ocuparnos en este escrito, y el tercero en fin, se reduce á guerra de calles en las grandes poblaciones y ataque de pueblos atrincherados, pues rara vez salen al campo estos revolucionarios, ni en general tienen condiciones para sostener una guerra larga y penosa.

Curioso é instructivo sería, si tuviésemos condiciones para llevarlo á cabo, un análisis de todo el país en las tres hipótesis de guerra que hemos dicho, marcando sus puntos estratégicos

importantes, y deduciendo los planes de campaña más convenientes en los diversos casos de situación y fuerza que pueden presentarse; pero este trabajo, muy difícil é ideal, no es necesario para nuestro objeto. Bástanos dar una ligera idea de la importancia de algunas comarcas en la última guerra civil, idea que ampliaremos más adelante en el curso de este escrito.

Hemos dicho ya, que los defensores de las ideas políticas antiguas se albergan en la alta montaña. En ese territorio encuentran abrigos segurísimos, como los barrancos y alturas del alto Llobregat, el alto Ter y alto Fluviá, el Llusanés, las Guillerías y la sierra de San Llorens de Munt; su centro natural es el Llusanés, pues desde allí pueden desembocar en todas direcciones: las salidas al bajo Llobregat y llano de Barcelona, por la sierra de San Llorens y el Congost, y por los montes Gavarra á Gerona, son muy fáciles.

Pero cuando la insurrección crece, se extiende por toda la montaña, desde el Ampurdán hasta los valles de los Nogueras, ocupando todas las cordilleras, por donde marchan con completa seguridad las partidas. La sierra de Prades, por su comunicación con la del Cadí, les da el medio de llegar hasta la parte montañosa de la provincia de Tarragona. Las comarcas bajas, por su oposición de ideas y de intereses, ofrecen generalmente armarse y defen-

derse, y se erizan de puntos fortificados. De aquí resulta que los facciosos son impotentes para atacar los atrincheramientos de los llanos, al paso que ellos son inatacables encastillados en sus montañas. Este estado de cosas se prolonga hasta que un gran aumento de fuerzas permite al Gobierno proceder á la ocupacion militar del país, único medio seguro, combinado con la persecucion, de concluir la guerra.

Pero aún durante ese *statu quo*, es necesario para el ejército conservar algunos puntos de la montaña, para evitar el excesivo crecimiento de las facciones, y que éstas lleguen á tener organizacion y establecimientos militares serios. En el curso de estos apuntes hemos de ver los males que trajo consigo la pérdida de Olot, la de Seo de Urgel y de otros puntos.

Debemos llamar la atencion sobre la cordillera central de Cataluña, que corre desde los Pirineos al Ebro, con los nombres de sierra del Cadí, de Pinós y de Prades. En efecto, esta cordillera sirve de camino seguro para comunicarse los facciosos del Priorato con los de la alta montaña; á interceptarlo se deben dirigir grandes esfuerzos, pues esto facilitará grandemente la pacificacion de la provincia de Tarragona, que la experiencia ha demostrado no ser difícil de conseguir, cuando está abandonada á sus propias fuerzas.

Por último, indicaremos que la proximidad

del campo de operaciones del Maestrazgo, teatro tambien de casi todas las guerras carlistas, da gran importancia al bajo Ebro. En esta region carece el rio de puentes y sólo se pasa por medio de barcas. Para impedir el paso y comunicacion de los facciosos de ambas orillas, es importante recoger todas las barcas, prohibir la navegacion y vigilar el rio con lanchas cañoneras de muy poco calado, que pueden remontarlo en invierno hasta Caspe.

II.

Resumen histórico de esta guerra.

En la noche del 7 al 8 de Abril de 1872, la autoridad militar de Barceloná tomó varias precauciones. Corrían rumores de que iba á alterarse el orden y se ocuparon los puntos importantes de la ciudad. Por la mañana se supo el levantamiento de una partida carlo-federal de unos 90 hombres en el paseo de Gracia, mandada por el antiguo jefe carlista Castells.

El personal de esta partida se modificó á los dos dias, descartándose los elementos federales, y apareciendo el 10 en Gélida, compuesta de 60 hombres y mandada por Castells y los Cadiraires, padre é hijo.

Al mismo tiempo se levantaban en la provincia de Gerona el ex-diputado Vidal de Llobatera

y el antiguo teniente de zuavos pontificios Savalls, al frente de 200 hombres.

Al abrigo de estas partidas, que iban creciendo poco á poco, se levantaban otras pequeñas en varios puntos de Cataluña.

Con objeto de perseguirlas se organizaron algunas columnas, compuestas de dos ó tres compañías de infantería cada una, mandadas por jefes conocidos y reputados, entre otros el coronel Mola y Martínez, distinguido militar y gran conocedor del país y de esta clase de guerra.

La activa persecucion que se hizo causó muchos sufrimientos á la tropa, poco acostumbrada á las marchas y á la vida de campaña, y proporcionó algunos encuentros con un enemigo que no oponía empeñada resistencia, áun en las posiciones ventajosas que podía defender sin gran exposicion ni compromiso, y con la seguridad de causar muchas bajas.

Algunos jefes, atentos á observar los principios del arte que no deben abandonarse nunca, disponían los preparativos de una accion con gran tranquilidad y orden; desplegaban las guerrillas y conservaban el resto de la fuerza en reserva formada en masa hasta el momento general del ataque; ejecutaban las operaciones de persecucion con habilidad y en vista de las buenas confianzas que se proporcionaban, gracias al comportamiento de sus columnas con los habitantes. Otros, en cambio, estuvieron holgando

en una poblacion dias y dias, á pesar de tener el enemigo al alcance, y algunos, por último, llevaban las fuerzas que se les habían confiado á estrellarse contra una cortadura inexpugnable, ó las metían en alguna hondonada donde el enemigo las fusilaba impunemente, y despues daban un parte pomposo presentando el descabro como un triunfo.

Con algunos jefes, en cuanto se divisaba á los carlistas, todo era gritería y desórden, y cada uno iba por donde le parecía. Antes de estar al alcance de tiro se hacia un fuego vivo é ineficaz, y al grito de «¡á ellos!» se cerraba con el enemigo, que huía á la desbandada, casi siempre sin defenderse. Despues se tocaba llamada, se reunían las fuerzas, se contaban las bajas propias y se suponían las enemigas, dando parte como victoria de un encuentro, que, cuando ménos, no proporcionaba resultados.

Este mal sistema de guerra fué causa de que las facciones aumentaran, reuniéndose en partidas respetables de 300 hasta 600 hombres, y de que empezasen á tener alguna organizacion. En fin de Mayo podía suponerse á las facciones una fuerza de 3.000 hombres, repartidos en las partidas de Castells, Savalls, Vall, Quico y Tristany, y otras muchas más pequeñas.

En el mes de Junio se marcaba perfectamente la organizacion de las facciones por provincias, mandando las de Barcelona Castells, Savalls las

de Gerona, operando Vall en Tarragona y Sanz en Lérida, y siendo jefe superior de ellas don Rafael Tristany, titulado capitán general de Cataluña.

El 6 de Junio ocurrió la acción de Vallsebre, la de más importancia de esta época. Tuvo lugar entre tres columnas y las facciones reunidas de la provincia de Barcelona mandadas por Castells. La partida de Cadiraire se dejó desalojar de la posición que ocupaba para atraer las fuerzas del ejército á la escarpada cortadura que circuye á Vallsebre, de donde fueron rechazadas. Emprendido un movimiento envolvente por el coronel Mola, la facción se retiró. Las tropas tuvieron seis muertos y 22 heridos en esta acción.

Por esta época empezaron las facciones á sorprender poblaciones de importancia, á desarmar á los voluntarios llamados de la libertad, que no hacían gran resistencia en general, y á exigir contribuciones.

La sorpresa de Reus, verificada el día 30 de Junio por D. Juan Francesch, antiguo oficial de ingenieros, al frente de 600 hombres, fué el hecho más notable de esta época de la campaña. Este jefe, retirado por inútil desde la guerra de África, á consecuencia de un balazo que le dejó cojo, se había decidido hacia poco tiempo á empuñar las armas por el Pretendiente, por cuyo partido había siempre mostrado simpatías. Ac-

tivo, de gran inteligencia, instruido, valiente hasta la temeridad, y natural del país, pronto reunió una regular partida, con la cual sorprendió un tren del ferro-carril, hizo bajar á los viajeros y acomodando en vez de éstos á su gente, ordenó siguiera el tren su marcha: así lo hizo hasta Salou, desde donde apresuradamente se dirigió á Reus, sorprendió la guardia de infantería de la cárcel y exigió 4.000 duros al Ayuntamiento. En el ataque del cuartel de caballería cayó gravemente herido el valiente y activo cabecilla, retirándose sus fuerzas, y en el mismo día murió aquél, perdiendo con él uno de sus mejores jefes y una gran esperanza el partido carlista.

La opinión pública venía indicando al general Baldrich para el mando de Cataluña, fundándose en él grandes esperanzas de que tendría próximo término la insurrección, por ser natural del país y haber operado en él á la cabeza de una partida en los años de 1848 y 1867. Nombrado al fin, se encargó del mando el 21 de Junio.

El 4 de Julio salió para el campo de Tarragona el nuevo capitán general y emprendió las operaciones con varias columnas que por esta época empezaban ya á llevar artillería de montaña, pues así lo exigía el estado de las facciones.

El 22 de Julio Castells sorprendió, llegando por ferro-carril, á Tarrasa, donde le rechazaron los voluntarios de la población. Las acciones de

la Sellera el 8 de Julio, de Sellent y de San Quirse el 24, fueron ya reñidas y de éxito indeciso. El brigadier Hidalgo dió dos acciones, desgraciadas ambas, la de la Sellera el 1.º de Agosto y la de Vidrá el 18. El capitán general pasó á mandar las columnas de la provincia de Gerona, teniendo un encuentro con Savalls el 26 de Agosto en Campdevánol, donde las tropas llevaron la ventaja.

Por esta época las facciones habían crecido, se habían acostumbrado al fuego, hacían frente algunas veces á las columnas cuando podían esperarlas en buenas posiciones y llegaban á rechazarlas cuando olvidaban los buenos principios militares, á pesar de que constaban muchas de ellas de dos ó tres batallones con artillería de montaña y caballería.

El 27 de Octubre se encargó del mando de Cataluña el general Gaminde, que acababa de ser nombrado. Este distinguido general, que tenía grandes relaciones y conocimientos del país, adoptó desde luégo un plan bien meditado y concebido. Organizó varias columnas de 700 á 800 hombres al mando de jefes activos y acreditados como Mola y Martínez, Macías, Arrando, Medeviela, Cabrinety, Gamir y Rokiski, destinadas á la persecucion activa, y otras más pequeñas que tenían por objeto la proteccion de ciertas comarcas, como el Vallés, la marina, el Penedés, Ampurdan, etc., ó bien la construccion

de fortificaciones, como la del coronel de ingenieros Unzaga. Fortificó los puntos estratégicos de la montaña, como Manresa, Vich, Berga, Igualada, Olot, Ripoll, Puigcerdá, Solsona, Tremp, Valls, Falset y casi todos los pueblos importantes del llano y marina, como Mataró, Granollers, Sabadell, Tarrasa, Esparraguera, Martorell, San Sadurní de Noya, Villafranca, Villanueva y Geltrú, Blanes, etc.; las estaciones de las vías férreas tambien fueron atrincheras, se fortificó la línea del Ter asegurando la posesion de todos sus pasos y empezaron á asegurarse las líneas de comunicacion, como lo indicaba la fortificacion de Bagá, entre Puigcerdá y Berga; de Besalís y Bañolas, entre Olot y Gerona, y otros análogos. El plan de persecucion y las instrucciones á los jefes de las columnas estaban perfectamente entendidos.

Las acciones de Ossor (6 Noviembre), dada por el general Andía, de Balaguer (10 Noviembre), la sorpresa de Manresa por Castells el 8 de Diciembre, el ataque de Olot por Savalls el 5 del mismo mes y el atrevimiento de la faccion Frígola y Barrancot presentándose el 30 de Noviembre á las puertas de Gerona, fueron los hechos militares de este tiempo.

La persecucion activa empezó á fines de Diciembre. La derrota de Castells en Caserras el 23 de este mes por la columna Mola y Martínez fué uno de sus primeros resultados. La accion del

Grau de Coll Tinós, el 6 de Enero de 1873, estuvo á punto de concluir con la faccion Castells.

Las facciones de Cataluña estuvieron entonces muy apuradas y parecía llegada la hora de su disolucion. Savalls, Galcerán y otros cabecillas se vieron tan acosados aquellos dias por las columnas de Macías, Mola y Martinez, y Cabrinety, que estas facciones tenían que hacer marchas sigilosas en medio de las noches heladas del mes de Febrero de 1873 para evadir los peligros que les amenazaban al dia siguiente y colocarse en una situacion ménos comprometida. Es indudable que el general Gaminde, con sus acertadas disposiciones, con el plan de fortificaciones y de persecucion que había adoptado, hubiera acabado muy pronto con las facciones del Principado, que no hacían más que huir y evitar en cuanto les era posible la persecucion de las columnas. Estas, con poca fuerza, recorrían sin obstáculo las comarcas más escabrosas, las Guillerías y el selvático curso del Ter, la alta montaña y todo el valle del Llobregat.

El 11 de Febrero de 1873 ocurría en Madrid un hecho político de gran importancia y transcendencia: la proclamacion de la república, como consecuencia de la abdicacion del rey Amadeo. En expectativa sin duda de sucesos políticos, el general Gaminde concentró en Barcelona la mayor parte de sus fuerzas. Los manejos de los clubs republicanos y de los diputa-

dos provinciales en las filas del ejército produjeron la saturnal del 21 de Febrero en la plaza de San Jaime, que renunciamos á describir, prefiriendo apartar la memoria de aquellas escenas.

El 25 llegó el general Contreras, nombrado por el nuevo Gobierno para el mando militar de Cataluña. La Diputacion disolvía el ejército del distrito, por acuerdo de 9 de Marzo, nombraba diputados para mandar las columnas, y organizaba batallones de voluntarios con objeto de acabar la guerra en ¡¡¡ocho dias!!!

Las facciones camparon por sus respetos. Las primeras consecuencias de la indisciplina del ejército fueron la toma de Pobla de Segur el 17 de Marzo, la de Ripoll el 23 y la de Berga el 27 del mismo mes. El general Contreras salió á operaciones el 28; oigamos á un testigo presencial describir el estado de las fuerzas que condujo:

«Los batallones marchaban en el desorden más completo, alborotando y cantando, por pelotones y confundidos los cuerpos y las compañías. A derecha é izquierda del camino, hasta donde alcanzaba la vista, veíanse grupos de soldados desbandados que saqueaban las casas de campo: gallinas, conejos, cabritos, lechones, ropa, todo desaparecía, sin que nadie tratase de ocultar nada de lo que se había procurado en aquella *razzia* permanente. En los pueblos sucedía lo mismo; y los patrones, aterrari-

»zados ante aquella soldadesca desenfrenada, no se atrevían á quejarse, dándose por satisfechos con haber salvado la vida. Durante la jornada los soldados obligaban á tocar alto al primer corneta que les venía á manó: si las tropas de vanguardia seguían marchando, se armaba una gritería infernal de «alto, alto» hasta que el general se detenía. Entónces se dirigía á los soldados que se habían tumbado á derecha é izquierda del camino, haciéndoles un discurso acerca de los deberes del soldado republicano, que aquellos oían sin cambiar de posición, prorumpiendo en algunos chistes capaces de mortificar el amor propio del jefe más estóico. La arenga terminaba con un viva á la república federal; el general volvía á ponerse en marcha, dejando que cada cual le siguiera cuando le pareciese bien, y la columna entraba, como si dijéramos por entregas, en el pueblo donde se debía pernoctar. Si hubiese habido una partida carlista que nos hubiera seguido la pista, dedicándose exclusivamente á coger rezagados, se hubiera hartado de coger prisioneros.»

En medio de este desbarajuste, y durante toda la época de la indisciplina, las compañías de ingenieros del ejército de Cataluña (1) cumplie-

(1) Estas brillantes compañías eran la quinta del primer batallón, y las cuarta y quinta del segundo batallón, entónces del primer regimiento.

La oficialidad del cuerpo, queriendo dar un testimonio de

ron con sus deberes como en plena paz, hasta en las prácticas más minuciosas del servicio, y se las citará siempre como modelos de subordinación, pues supieron conservar la honra y el nombre del cuerpo á gran altura, no dejándose influir en lo más mínimo por el ejemplo ni por las sugestiones y consejos de sus extraviados compañeros de armas.

Por este tiempo fué cuando penetraron en Cataluña D. Alfonso, hermano del Pretendiente, y su esposa doña María de las Nieves, y tomaron el mando superior de las facciones.

El Gobierno nombró capitán general de Cataluña al general Velarde, que traía buena reputación militar, por haber extinguido las partidas del Maestrazgo: así es que su nombramiento dió esperanzas de que podría lograrse la pacificación de Cataluña, á la que había de preceder el restablecimiento de la disciplina en el ejército del Principado: para esto último, sin embargo, á pesar de que por entónces era lo apremiante no se le dieron facultades ni medios.

Entró en Cataluña con algunos refuerzos de

agradecimiento al admirable comportamiento de dichas compañías, costeó en 1875 unas espadas de honor que regaló á los capitanes que las mandaban y personificaban, y tres cuadros con inscripciones alusivas, que, colocadas en los dormitorios de aquellas, recordarán siempre su abnegación y disciplina en circunstancias tan difíciles, prendas muy superiores al valor que desplegaron en los combates.

tropas disciplinadas, y el 5 de Abril conseguía en Reus un triunfo moral sobre la indisciplina, pero que no supo utilizar. Prendió á varios de los soldados insubordinados, y les perdonó despues.

Esta debilidad fué causa de los sucesos de Manresa el 10 de Abril, donde los soldados de la columna allí acantonada se amotinaron al grito de «¡abajo el general Velarde!» Aquel motin se reprimió; pero el Gobierno no aprobó las medidas que para su castigo propuso el general, y éste quedó desde aquel momento desprestigiado.

Estableció su cuartel general de Martorell, y, sin llegar á entrar en Barcelona, reunió allí las fuerzas y recursos necesarios para abrir la campaña, cuyo plan sometió á la aprobacion de la Diputacion provincial, y en seguida emprendió las operaciones con gran actividad.

Al frente de una columna de 2.500 á 3.000 hombres de tropas disciplinadas que habían venido con él de Valencia, recorrió toda la alta montaña, combinando la persecucion con las columnas que ya existían ántes.

El brigadier Martinez Campos, comandante general de operaciones de la provincia de Gerona, empezó entónces á distinguirse al frente de sus tropas que conservaba disciplinadas, haciendo una persecucion muy activa, y trasladándose á veces solo de un extremo á otro de la provin-

cia, para ponerse al frente de otra columna, empunder una operacion importante ó sofocar un chispazo de indisciplina.

El 10 de Abril atacó Savalls á Puigcerdá. La fuerza de Bailen y los voluntarios se defendieron heroicamente; el fuego duró treinta horas, y la faccion se retiró al tener noticia de que la columna Cabrinety llegaba en socorro de la villa.

Por bando del capitán general, fechado en Prats de Llusanés el 21 de Abril, se ordenó que en el término improrogable de seis dias se cerrasen todas las casas de campo de los juzgados de Berga, Manresa, Vich (excepto el llano) y Villafranca del Panadés, en la provincia de Barcelona, y de los de Figúeras, Olot, Ribas, (excepto la Cerdaña) y Santa Coloma de Farnés, en la parte montuosa de la provincia de Gerona; debiendo quedar las masías con las puertas y ventanas cerradas con mampostería, y retirarse sus habitantes á los pueblos inmediatos con todos los comestibles. Fundaba el capitán general esta disposicion en el hecho de ser la poblacion rural la que principalmente acataba las órdenes de los carlistas y los protegía y amparaba. Pero el bando produjo muchas reclamaciones y no llegó á cumplirse en ninguna de sus partes.

El 13 de Mayo una partida carlista entró en Mataró por sorpresa, llevándose varios rehenes, por los que pidieron 30.000 duros á la pobla-

cion; pero fueron rescatados por el brigadier Martínez Campos, que batió á la partida en los alrededores de San Celoní.

El 17 del mismo mes sorprendió Tristany en Sanahuja á los voluntarios de Almatret y Mayals y á unos 60 caballos del regimiento de Calatrava, que tuvieron que rendirse despues de hacer enérgica resistencia.

En un bando, fechado en Montblanch el 18 de Mayo, dijo el general Velarde que, atendiendo á las súplicas de muchos habitantes para levantarse en somaten general contra las partidas carlistas. en vez de cerrar las casas de campo, ordenaba que en toda Cataluña se verificase dicho levantamiento, con todos los hombres de catorce á sesenta años, debiendo los voluntarios y los movilizados unirse tambien al somaten. Los alcaldes de los pueblos debían tener un repuesto de cinco raciones de pan por cada vecino, y socorrer á los individuos de los suyos con 6 reales diarios. La marcha del somaten debería determinarse por la de las columnas, cuya situacion y movimientos se señalarían, marchando aquél con ellas ó por los puntos intermedios.

Esta disposicion, despues de sufrir varias suspensiones, sin duda por las dificultades insuperables que se presentaron para su ejecucion, no llegó á tener efecto, á pesar de no haberse dado orden que la derogase terminantemente.

El 8 de Junio la columna que conducía el ge-

neral Velarde se encontraba en Igualada. Al pasar lista una compañía de cazadores de las Navas sonó un tiro, al que siguieron otros muchos, mezclados con los gritos de «¡abajo los galones!» «¡mueran los jefes!» que se extendieron por toda la villa, de la cual se apoderaron los amotinados. El general Velarde hizo tocar llamada y consiguió sólo reunir á la compañía de ingenieros que iba en la columna, con unos 200 guardias civiles y algunos soldados de Mérida y Madrid. Propuso cargar á los sediciosos, pero los jefes de estas fuerzas le manifestaron que para esto no contaban con sus soldados, y sólo el capitán de ingenieros aseguró al general que su compañía estaría siempre á su lado y le obedecería en todo. La columna del brigadier Padial, que se encontraba en la Pobla de Claramunt, se negó tambien á atacar á los sublevados, lo cual hizo que el general Velarde se dirigiese á Martorell y presentase la dimision de su cargo al Gobierno, yendo á esperar sus órdenes á Tortosa.

El 12 de Junio la columna Alvarez, compuesta del regimiento de Saboya, una compañía de ingenieros, otra de voluntarios y dos piezas de artillería, encontró á las facciones á la salida de San Feliú Saserra. Los carlistas en número de 1.600 hombres ocupaban las alturas de Oristá. Atacaron los soldados á la desbandada segun la costumbre eb aquella época, pero encontrando

gran resistencia y hasta reacciones ofensivas á que no estaban acostumbrados, se pronunciaron en vergonzosa fuga, abandonando los cañones. Sólo la compañía de ingenieros mandada por el capitán Llorente, con serenidad, con órden y sin perder jamás la formacion, se defendió contra fuerzas diez veces superiores, teniendo bajas en número de la cuarta parte de su fuerza. Con tan notable resistencia dió tiempo para que el general Martínez Campos llegara procedente de Moyá, con 500 hombres, y restableciese la accion recuperando uno de los cañones. El general destituyó en el acto al coronel y á un comandante de Saboya, y por esta accion se le concedió despues la cruz de San Fernando de tercera clase.

A los pocos dias el general Martínez Campos, en vista de los sucesos de Igualada y otros análogos que quedaban impunes, presentó la dimision de su mando.

El brigadier D. José Cabrinety recogió los restos de las fuerzas que habia mandado el general Velarde, y con aquellos elementos heterogéneos creyó poder organizar una columna. Con su fama de valeroso militar y el ascendiente moral que le habia dado la prensa federalista, arrastró trás sí aquellos restos, y en pocos dias hizo una larga correría por el Principado, persiguiendo á la faccion de Savalls. A pesar de su prestigio la veleidad del soldado se complacia

en mortificarle, obligándole á desmontarse cuando lo exigía y á someterse á otros de sus caprichos. Se negaron á incorporarse á la columna los jefes y oficiales nombrados para llenar las muchas vacantes que habia en los cuerpos que formaban aquélla, y á pesar de esto el brigadier continuó las operaciones diciendo, sin duda por despecho, que no necesitaba oficiales.

Siguiendo la pista á Savalls, le alcanzó en Prats de Llusanés. Temiendo perder el fruto de tantos dias de fatiga, á pesar de que su columna marchaba dividida en fracciones ocupando un fondo inmenso, atacó sin cuidar siquiera de ordenar su gente. El enemigo se aprovechó de esta falta, y no obstante el ímpetu de la primera arremetida, como las fuerzas carecían de cohesion, las arrolló fácilmente, y sólo por la serenidad de su jefe se libró aquel dia la columna de un completo descalabro.

El peligro á que en Prats de Llusanés se vieron expuestas la reputacion y la vida de Cabrinety no fué bastante á hacer mella en su ánimo ni á tornarle más precavido. Savalls, con sus marchas y contramarchas, le atrajo á la emboscada de Alpens, en donde por la disposicion del terreno podía luchar con ventaja y probabilidad de ganar mucho sin arriesgar nada por su parte. Allí en hora intempestiva, con su impremeditacion habitual, sin precaucion militar de ninguna especie, sin el más ligero reconoci-

miento, sin tomar un punto de apoyo para rehacerse en el caso de una tentativa frustrada, Cabrinety penetró en el pueblo con la vanguardia y él y su columna fueron víctimas de la celada preparada por el jefe enemigo, á pesar de estar casi equilibradas las fuerzas. La muerte del jefe desbandó á los soldados, algunos de los cuales, sin embargo, se defendieron en las casas. Los carlistas hicieron 800 prisioneros, se apoderaron de 50 caballos, dos piezas de artillería, 42 mulos, dinero, material sanitario, armamento, equipo, etc. ¡Terrible fecha fué para el ejército de Cataluña la de 9 de Julio de 1873!

Por una circunstancia providencial, la compañía de ingenieros que iba en aquella columna había recibido orden de separarse de ella pocos dias ántes, y se libró del desastre.

El 14 de Julio llegó á Barcelona el nuevo capitán general, D. Juan Acosta, con algunos brigadieres, pero aquél se volvió á los pocos dias, quedando encargado de la capitania general el brigadier D. Alejo Cañás.

El 18 de Julio, las facciones en número de 4.000 hombres, mandadas por Savalls, D. Alfonso y doña María de las Nieves, atacaron á Igualada. La defensa, aunque hecha sin concierto ni organizacion por el estado de indisciplina de los soldados del regimiento de Navarra, por las pocas condiciones militares de los voluntarios republicanos y paisanaje, y por la in-

capacidad del comandante militar, fué, sin embargo, bastante enérgica y duró medio dia, al cabo de cuyo tiempo capitularon los defensores, refugiados en las casas consistoriales y en la iglesia. La conducta de las columnas que podían haber acudido en socorro de la villa fué muy dudosa: no se ha llegado á aclarar si puede achacarse á los jefes, á los soldados indisciplinados ó á otras causas. El Xich de la Barraqueta con sus batallones de francos tuvo sólo un tiroteo con la faccion, al cual, segun su costumbre, dió una importancia que no tenía.

El efecto que produjeron en Cataluña la derrota de Cabrinety y la pérdida de Igualada fué inmenso. Todos los destacamentos pequeños abandonaron sus puestos; Manresa se aprestó á la defensa, construyendo barricadas en el interior de la ciudad, no confiando sin duda en el recinto; Vich concentró sus destacamentos y aumentó sus obras de defensa; Berga se vió atacada repetidas veces y bloqueada, y llegó hasta tratar de la capitulacion; Olot estuvo estrechamente bloqueada; Solsona fué abandonada por la tropa y voluntarios; Mataró, Villanueva, Vilafranca y demas puntos del llano se artillaron y aumentaron sus defensas; las columnas se limitaron á recorrer (cuando los soldados querían) las comarcas ménos montuosas y más abrigadas por puntos fortificados; el espíritu público decayó en todas partes. El paso á la defensiva de